

La "Professó" de Verges

por JUAN PERICOT

Verges, cuyo perfil se recorta sobre una de las breves colinas del llano ampurdanés del Ter, posee un denso pasado del que ha heredado una maraña de calles dibujadas por paredes y murellas que le imprimen un fuerte carácter. Por causas naturales su crecimiento ha buscado el llano sobre el camino de Torroella y, allá en lo alto, se quedaron los paredones con sus torres y defensas, las casas de otros siglos y las plazas y callejas con aire medieval y lejano. Hacia el río, el agua hace vivo el trazo de una acequia y, como en un paisaje clásico, allí están los sencillos puentes, los pozos, el molino, y más allá las huertas y los campos.

Esta estructura y su carácter interno se repite en casi todos los pueblos —maravillosos perfiles— del Bajo Ampurdán y nada alteraría el parecido humano si en Verges no acaeciera, cada año, un maravilloso suceso que el pueblo ha hecho perdurar trenzando durante la piadosa noche del Jueves Santo, dentro el singular escenario de su caserío, una procesión acompañada de representaciones sacras, que por su desarrollo y características folklóricas ha alcanzado gran fama dentro y fuera de nuestras fronteras.

El hecho de que obedeciendo a los influjos de la época y a antecedentes históricos desde hace años —diez— se haya alterado parcialmente la forma de desarrollarse esta singular representación religiosa, brinda aún una especial oportunidad para volver a hablar de ella, a pesar de haberlo realizado tantos estudiosos y de haberse dado a conocer repetidamente las figuras y sucesos de su contenido.

A principios de siglo para hablar de nuestro tiempo —esta manifestación popular debía ser tremendamente sincera y elemental y todo tendría una espontaneidad difícilmente igualable—. Hace treinta años —y de esto ya podemos dar fe— las cosas continuaban con una encantadora sencillez y el valor folklórico primitivo se conservaba intacto. De entonces arranca, coincidiendo con las facilidades de desplazamiento y el afán que se ha apoderado de las masas de utilizarlos, el renombre de esta procesión como espectáculo y de ello arranca también, como consecuencia, el deseo de ajustar el piadoso desfile a una mayor posibilidad escénica, aunque sea a costa de diluir —así opinarán los folkloristas puros— un encanto y una espontaneidad muy difíciles de conservar por otra parte, en la época multitudinaria actual.

Este fenómeno es común a muchas de las expresiones del folklore de todos los países y, concretamente en el nuestro, están afectadas por él todas las que encajan con las jornadas litúrgicas de la Semana Santa.

No queremos aumentar la duda que nos asalta cada año cuando al llegar la noche del Jueves Santo nos preguntamos si vamos a Verges para presenciar su bella procesión actual o para recordar momentos y escenas que ya no nos pertenecen ni recuperaremos jamás. Las cosas son como



San Pedro hace poco más de
30 años

Todos los personajes que han intervenido en las escenificaciones desfilan a su vez y con ellas Jesús, con la cruz a cuestas, se encamina custodiado por soldados romanos a otra plaza, junto los muros de la Iglesia, donde se inicia la procesión propiamente dicha.

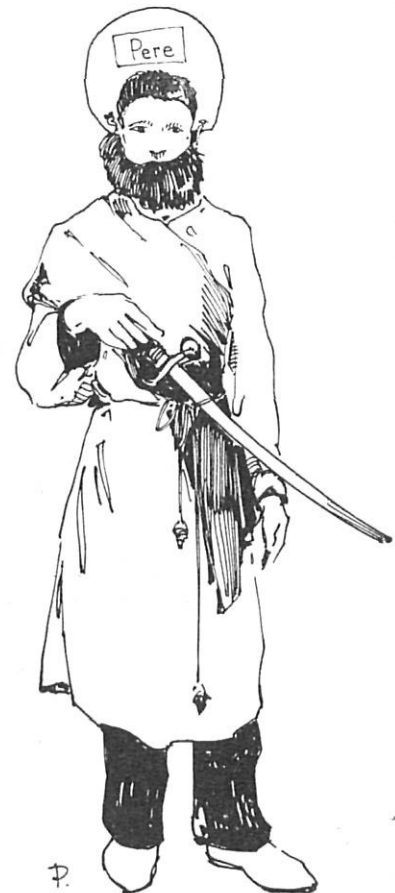
En el desfile que va a empezar, la figura central del Redentor queda representada por dos personajes distintos. Uno de ellos evoca a Jesús en su vida pública mientras el otro le representa, cargado con la Cruz, en todos los actos de su caminar hacia el Calvario. La primera imagen inicia el cortejo acompañada de María y de los Apóstoles, a los cuales se ha unido, entre otras, la figura evangélica del ciego que, surgido de entre la multitud, se ha acercado a Jesús y ha visto realizarse el milagro de su curación y otorgándose la función de pregonero va declamando a intervalos, una ingenua cantinela: "*Devots Cristianes i Cristianes, camineu i escolteu amb devoció i acompanyeu els passos de Crist Nostre Senyor a la muntanya del Calvari, on morirà pel nostre amor.*"

En marcha la comitiva, sigue a las figuras reseñadas la Cruz de los improperios y a continuación grupos de *Manaiés* y pueblo judío rodeando con brutal viveza la figura paciente de Cristo con la Cruz. Este grupo, impresionante por su intensa plástici-

son —como deben ser, las más de las veces— y es preferible pensar en las mejoras que los medios y los gustos presentes han traído a estos espectáculos y cómo ello —así ha ocurrido en Verges— ha repercutido en el lenguaje, la indumentaria y el sentido histórico de los sucesos evocados.

El espectador que llegue a Verges la noche santa, oirá, a eso de las diez, unos clarines que anuncian el inicio de la parte escénica que antecede al desfile procesional. La plaza mayor, término del casco antiguo, amplio espacio rectangular limitado en su lado S. por un impresionante lienzo de muralla que conserva el vigoroso volumen de dos esbeltas torres, es el recinto (abono de entrada) donde se representan los sucesos escenificados del drama sacro. Allí sobre su catafalco, formando un escenario simplicísimo sobre la muralla antedicha y circundado por una popular arquitectura, se desarrollan sucesivamente las escenas bíblicas de la Samaritana, la entrada del Señor en Jerusalén, la Santa Cena, la traición de Judas juntamente a la oración del Huerto y, finalmente, el juicio de Pilato. Esta escena (la única que —intercalada en el desfile procesional— se celebraba en este mismo lugar y en parecida forma) cierra el ciclo antecedente a la Pasión.

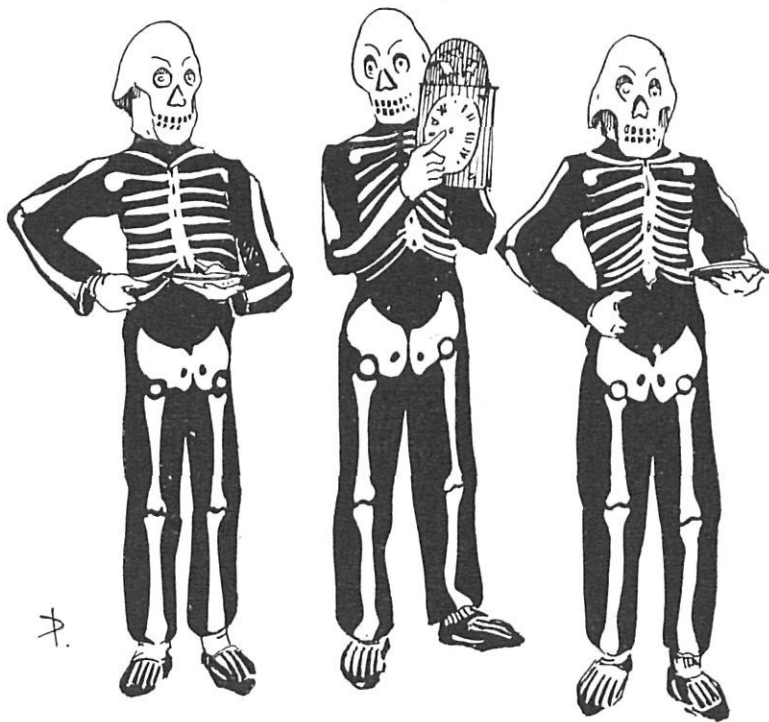
Pronunciada la sentencia por Pilato y condenado el Redentor a morir en la Cruz, irrumpe en el recinto —camino de la Iglesia el cortejo de los danzantes de la muerte; los cuales, con su macabra apariencia y grave acompañamiento de tambor, inician así el agudo perfil de su presencia, que no ha de cesar en toda la noche.



El Apóstol San Pedro
en 1946

dad y la continuada agudeza del lenguaje empleado por sus figuras, según el texto que escribió aquel buen fraile de S. Gregorio, constituye junto con el de la Danza de la muerte que le sigue el mejor elemento del desfile.

La incorporación de la imagen de Cristo a la comitiva tiene un emotivo prelude ya que a pocos pasos de iniciado éste se destaca de entre el público la figura de María, desarrollándose la escena del encuentro divino en la calle de la Amargura. Poco después Jesús, bajo el peso del madero, cae por 1.^a vez y así sucesivamente en forma espontánea tiene lugar, a lo largo del camino, el encuentro con la Verónica, la escena de las hijas de Jerusalén, la 2.^a y la 3.^a caídas y, más tarde, el auxilio del Cireneo.



Las figuras menores de la Danza de la Muerte

Después de la efigie del Redentor paciente y entre ella y las de los dos ladrones, figura en todo el curso de la procesión, la famosa Danza de la muerte; pieza genial que, originalísima en su plástica, constituye una de las joyas folklóricas más impresionantes que hoy se conservan.

Cinco figuras; cinco esqueletos (fondo totalmente negro con la osamenta en blanco) recorren todo el trayecto de la procesión realizando unos pasos saltarines que con sencillísima coreografía, ora les agrupan frente a frente, ora abren la formación hacia los lados. Figuras señeras son las dos mayores: el abanderado (enseña negra con la inscripción *Lo tems es breu*) y la de la guadaña (ésta con la inscripción *(N)emini parco*). Junto a ellas, tres menores (dos llevan sendos platos con ceniza y la tercera una esfera de reloj) van señalando ostensiblemente sus simbólicos atributos a cada paso. Toda esta esquemática y escalofriante danza, que parece arrancada de la mismísima ultratumba, mueve sus pasos, uno a uno, los suspende y los reemprende, al compás de una sola nota musical arrancada de un tambor que tañe un sexto elemento, tocado con vesta y totalmente en negro.

Es difícil explicar la emoción que toda la procesión produce a través de calles y callejas iluminadas unas con lucecillas de aceite (que arde en cáscaras de caracol pegadas a los muros) y otras con antorchas repartidas en ventanas y balcones. Es muy difícil, repetimos, describir las impresiones que el ambiente y los actores transmiten al espectador; pero sí podemos afirmar que es imposible dar idea de la sensación que causan, en escenario tan singular, estos cinco esqueletos lúgubramente satíricos de Verges.

Sigue el cortejo. Desfilan después los sencillos pasos de la Coronación de espinas, el Nazareno y La Dolorosa; los penitentes figuran a continuación y la imagen del crucificado cierra la parte religiosa de la comitiva. Entre estos últimos elementos se oyen los cantos de un reducido coro que interpreta música sacra y que hasta hace diez años entonaba —muy fin de siglo— un tema de la ópera *Rigoletto*.

Finalizado el itinerario previsto y evocadas durante el mismo las principales escenas de la Pasión, llega la piadosa manifestación a las gradas de una de las fachadas del templo Parroquial. Allí los sayones, en una última escena, se sortean la túnica de Jesús mientras sobre los más altos peldaños se levanta simbólicamente, el Cristo crucificado como debió elevarse un día para la redención de todos. Entre tanto, en lo alto del campanario el trueno de la pólvora evoca el derrumbamiento del Templo; la soldadesca, a gritos, reconoce su error y María, Madre Dolorosa, cae a los pies del símbolo eterno.

Hasta 1950, la procesión de Verges era propiamente la parte procesional actual, llevando ensarzadas en su curso, además de las que en él persisten, las escenas que hoy se realizan previamente en el recinto de la Plaza Mayor. Ello simplificaba el conjunto, pero dejaba en una difícil posición todas las que requieren una pausa o una cierta tramoya. No hemos de escamotear la pureza emocional, elemental y simple, que se obtenía de la contemplación de los dichos y hechos desarrollados a lo largo del cortejo, a pesar de las incorrecciones cronológicas patentes y de la rusticidad del lenguaje de los personajes. No insistiremos en el prurito del recuerdo y sí reconoceremos cuán difícil era, entre el público heterogéneo y de diversísima sensibilidad, mantener la dignidad y la postura de ciertos personajes a veces disfrazados más que vestidos.

Más allá de lo que abarcan nuestros tiempos, existe noticia de ciertas escenas piadosas representadas, conjuntamente con la procesión, en el llamado *Corral* o patio del Castillo, emplazado sobre el solar que a su derribo sirvió para levantar el banal edificio municipal y escolar. Estas manifestaciones enlazan ya con las representaciones sacras salidas del interior de los templos y con los autos sacramentales, escritos al amparo de su espíritu. Parecido, o más lejano tal vez, puede ser el origen de la Danza de la muerte, la cual se ha ligado con ciertas leyendas de irreverentes castigados, con un posible voto del pueblo en el siglo XIV, o con el tremendismo que invadió Europa en el año mil.



Sayón año 1946



Sayón año 1946

Sea lo que sea, imaginemos lo que debía ser una población como Verges, embebida en una historia humanamente dura, hace unos cientos de años, y nos será fácil comprender las posibilidades espirituales y humanas que ofrecía para anudar a un pretexto litúrgico como el de la Samana Santa las escenas que, felizmente perduradas, aún hoy nos conmueven y admiran.

Sólo, finalmente, considerando las cosas como son, se hace difícil adivinar las circunstancias casuales que, a través de los años, han permitido quedaran prendidas entre las añejas paredes de Verges las místicas estampas de la Pasión del Señor, en forma tan particular. Es muy difícil hallar explicación a la permanencia y continuidad de esta manifestación popular sobre todo cuando se sabe lo mucho que de mudables tienen las gentes de este país y cuando se mira el pueblo sobre su ligera colina, incorporado a un paisaje tan poco propicio a las meditaciones místicas y al trágico pensamiento de la muerte. Pero esto ya es, sencillamente, la sal y la gracia de las cosas; la sal y la gracia que sazonan el vivir de los hombres sobre la vieja tierra y que tan pródigamente se han derramado sobre pueblos y caminos del Ampurdán.

NOTAS: — Agradecemos a D. Carlos Perpiñá, actual director de la Procesión de Verges, los datos que tan amablemente nos ha facilitado.

Las figuras correspondientes a la procesión del año 1946 se han dibujado con datos facilitados por el Archivo del Instituto Municipal de Historia de la Ciudad de Barcelona.

Dibujos del autor.